

suyos, esto es, si estamos dispuestos à sacrificar hasta lo mas precioso y querido que tenemos en el mundo antes que desagradar à Dios. El entendimiento, en esto como en otras muchas cosas, es con frecuencia el juguete del corazon; lisonjeámonos de no estar apegados à ningun bien criado, y somos esclavos de ellos. El trabajo que cuesta el pagar à los trabajadores y à los domésticos, el hacer las restituciones, satisfacer los legados piadosos y hacer limosnas no prueba un gran desprendimiento. No nos equivoquemos, hagamos hoy sin mas dilacion lo que deberíamos haber hecho ya hace mucho tiempo. Las personas religiosas están obligadas à un gran desapropio; no basta que sea simplemente afectuoso, debe ser real. Cercenemos hoy mismo lo que algun dia debe alarmar nuestra conciencia y hacer nuestro proceso.

2.º Los buenos deseos deben siempre ir acompañados de las prácticas morales. No es posible que no haya mucho superfluo en todo ese aparato de adornos. Quitemos hoy algunas de esas piezas inútiles, ó al menos poco necesarias; la modestia cristiana encuentra muchas superfluas: no esperemos à que un revés de fortuna, la edad ó la muerte nos despojen de ellas; hagamos por nosotros mismos este pequeño sacrificio. Pocas personas hay que no hallen el dia de hoy alguna cosa que quitar ó que reformar, si quieren prestarse dóciles à la gracia. Si, pues, hoy oímos la voz de Dios, obedezcámosla fielmente, y no endurezcamos nuestros corazones, rehusando ó trasladando à otro dia lo que Dios nos inspira que hagamos hoy. ¿Qué sentimiento para los que habiendo leído esto, no hubieren sacado ningun fruto de ello!

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este dia el domingo de los dos deudores, ó del perdon de las injurias, desde que se ha tomado para el evangelio de la misa la parábola de los dos deudores, segun la refiere san Mateo, la cual nos enseña à perdonar à nuestros hermanos de lo íntimo de nuestro corazon las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone los pecados que hemos cometido contra él. La epístola que precede à este evangelio está tomada del sexto y último capítulo de la carta de san Pablo à los cristianos de Efeso, en la que, despues de haber exhortado à todos à cumplir con las obligaciones de su estado; à los hijos à obedecer à sus padres, y à los siervos à sus señores; à los padres y madres, igualmente que à los señores, à que tengan presentes sus obligaciones con sus hijos y con sus siervos; les advierte que para resistir à los enemigos invisibles de nuestra salvacion, es menester revestirse con las armas de Dios, las cuales señala circunstanciadamente, y concluye su carta encomendándose à sus oraciones.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo à Dios Mardoqueo con el pueblo judío, para suplicar al Señor que se dignase mirar las lágrimas y los gemidos de un pueblo consagrado singularmente à él, y al que el orgullo de un solo hombre

queria perder enteramente y exterminario en todas partes en un solo dia.

Es bien sabida la historia de la reina Ester, sobrina de Mardoqueo. Habiendo rehusado este, por motivo de religion, rendir á Aman, favorito del rey Asuero, unos honores que su conciencia no le permitia tributarle, cayó de tal modo en la desgracia de aquel primer ministro, el mas orgulloso de los hombres, que para vengarse de la pretendida falta de respeto de Mardoqueo, resolvió que con este pereciese toda la nacion judía. Publicóse el edicto de proscripcion contra todos los judíos existentes en el imperio de los Persas, fijando el dia para esta cruel carnicería. Decia el edicto que el dia 14 de Adar, que era el duodécimo mes del año, fuesen degollados todos los judíos, hombres, mujeres y niños, sin perdonar á ninguno. Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia el edicto cruel, desgarró sus vestidos, se cubrió con un saco, puso ceniza sobre su cabeza, y fué clamando por toda la ciudad, ponderando lo horrible que era el querer destruir de este modo una nacion inocente. Llegó lamentándose de esta manera hasta las puertas del palacio, y allí redobló sus clamores y sus quejas. Avisada de ello la reina Ester, su sobrina, le envió el eunuco Arach para que le dijese el motivo de su afliccion. Mardoqueo la informó por medio de este oficial de lo que contenia el edicto que Aman habia arrancado al rey, y aun le envió una copia de él, diciéndole al mismo tiempo que no habia otro medio de salvar á los judíos que el que fuese á ver al rey, y ella misma intercediese por su pueblo. La reina envió el eunuco para que dijese á su tio que, estando prohibido á todos bajo

pena de muerte el entrar á ver al rey sin ser llamados, no podia hacer lo que deseaba de ella. Mardoqueo rogó al eunuco que dijese á la reina que en una ocurrencia semejante no tanto debia considerar su seguridad, cuanto la salvacion de su nacion: que si ella abandonaba á su pueblo en tal extremo, Dios encontraria muy bien algun otro medio para librarle, pero que la perderia á ella con toda su raza para castigar su indiferencia; y que, en fin, acaso Dios no la habia elevado al trono sino para ponerla en estado de obrar en una ocasion como esta. Movida Ester de esta amonestacion, previno á su tio que hiciese juntar á todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias, y que rogasen á Dios por ella y por su pueblo; que por su parte iba á hacer lo mismo con todas las doncellas que la servian, y que despues de esto iria á ver al rey sin ser llamada, aun cuando debiese costarle la vida. Mardoqueo puso en ejecucion la orden de la reina; y durante el ayuno, en su humillacion dirigió á Dios esta fervorosa oracion, de la cual ha tomado la Iglesia las palabras que forman el introito de la misa de este domingo.

Todas las cosas están sujetas, Señor, á vuestro poder, y ninguna hay que pueda resistir á vuestra voluntad; porque vos habeis hecho de nada todas las cosas: vos habeis hecho el cielo, la tierra y todas las criaturas que están bajo del cielo: vos sois el Señor de todas las cosas. La Iglesia repite aquí el mismo salmo de que se sirvió el domingo precedente; este salmo está lleno de tan bellos sentimientos de estimacion y de afecto á la ley de Dios, que deberia ser familiar á todos los fieles: Dichosos aquellos, dice David, que siempre es-

tán en los caminos de la inocencia, y caminan con fidelidad en la ley del Señor. La proteccion milagrosa que Dios ostentó en favor del pueblo judío en el tiempo mismo en que el orgulloso Aman habia jurado su pérdida, y el buen éxito que tuvo la oracion de Mardoqueo y de Ester, han determinado sin duda á la Iglesia á elegir tambien hoy para el introito de la misa el primer versículo de este salmo.

La epístola, como hemos dicho, está tomada del capítulo 6 de la carta de san Pablo á los fieles de Efeso, en la que el santo apóstol les anima al combate que tenemos que sostener toda nuestra vida contra los enemigos de nuestra salud, los cuales son tanto mas temibles, quanto que están siempre de inteligencia con nuestro propio corazon, con nuestros sentidos, nuestras pasiones y nuestro amor propio.

Fortaleceos en el Señor, les dice, *y por su virtud omnipotente.* San Pablo, despues de haber dado instrucciones particulares á cada condicion, se dirige á todos los fieles de Efeso en general, y les exhorta á resistir con valor á todas las tentaciones, contando siempre con la proteccion omnipotente del Señor, y poniendo en él toda su confianza. *Revestios con las armas de Dios, á fin de que podais estar preparados contra las emboscadas del demonio.* Por las armas de Dios entiende san Pablo la fe, la caridad, la confianza en Dios, la vigilancia, la oracion, la mortificacion, la penitencia, el fervor, el ejercicio de las buenas obras, el uso frecuente de los sacramentos; en una palabra, el mismo Jesucristo. Emplea san Pablo desde luego esta metáfora, que está tomada de la guerra y de las armas; *porque las armas con que nosotros combatimos,* dice escribiendo á los Corintios, *nada*

tienen de la carne, sino que adquieren su fortaleza de Dios mismo para destruir las fortalezas enemigas. Quiere el santo apóstol que los fieles se consideren en esta vida como en una guerra continua, y como tropas que están sobre las armas, y que tienen al frente los enemigos. Les exhorta á que se armen, por decirlo así, con todas las piezas, y que se cubran con todas las armas espirituales para no ser asaltados de improviso. En toda esta epístola continúa san Pablo esta elegoria. ¿Quereis saber cuáles son los enemigos contra quienes teneis que combatir? *No es contra la carne y la sangre,* esto es, contra los hombres ordinarios, contra enemigos débiles compuestos de carne y de huesos, los cuales pueden vencerse con las armas materiales; sino que toda nuestra vida tenemos que combatir contra todas las potestades del inferno, contra toda la violencia de las pasiones, contra el espíritu y las máximas del mundo que reina con imperio: enemigos tanto mas temibles, quanto son mas espirituales, mas tenaces, mas malignos, mas finos, mas acostumbrados á vencer. ¿Quereis, pues, no ser vencidos? combatid siempre bien armados; *tomad las armas de Dios, á fin de que podais resistir en el tiempo malo y sosteneros, estando provistos de todo.* El dia malo es el dia del combate, el dia de la tentacion, tiempo peligroso, siempre funesto para las almas flojas, y que son sorprendidas y asaltadas de improviso. Esos cristianos enflaquecidos por una vida blanda, por caidas frecuentes, cuya fe es lánguida, la piedad quasi extinguida; esos cristianos á quienes el espíritu del mundo ha corrompido ya, y á quienes las pasiones tratan como esclavos, ¿estarán en estado de vencer en el tiempo del combate? ¿Qué

carnicería no harán estos crueles enemigos en los que encontraren cuasi sin armas!

*Manteneos, pues, con ánimo, teniendo la verdad por cintura al rededor de vuestros lomos, y la justicia por coraza; tened también el calzado en vuestros piés para estar prontos á ir á predicar el Evangelio de paz, para ir á anunciarle á todos los pueblos del universo, sino con vuestras palabras, al menos con vuestros ejemplos. Quiere san Pablo que todos los cristianos se consideren como soldados de Jesucristo armados con todas las piezas, esto es, revestidos de las armas espirituales, que son la fe, la justicia, el zelo y la caridad. Hace al parecer alusion el Apóstol aquí á aquel lugar de Isaías: *La justicia será la cintura de sus lomos (1); y la fe, la inocencia y la caridad el talabarte de que estará siempre ceñido. Tomad en toda compostura*, continúa el Apóstol, *el escudo de la fe, por medio del que podais extinguir los dardos ardientes del espíritu maligno*. Los dardos ardientes del maligno espíritu son los malos deseos y los estímulos de la carne, que, no estando extinguidos, causan en el alma un funesto incendio. A la menor chispa, con el mas lijero consentimiento, prende fuego la concupiscencia. Todos los dardos del demonio son ardientes; prenden fuego en el corazón, y dan la muerte al alma. Una fe viva es un escudo impenetrable, embota todos los dardos, y la gracia extingue el fuego. *Tomad además el casco de la salud*; Jesucristo es nuestra salud, segun el idioma de la Escritura; su espíritu, su amor, su protección omnipotente pueden llamarse el casco de la salud. Amemos á Jesucristo, tengamos una entera confianza en Jesucristo, estemos anima-*

(1) Isai. 11.

dos del espíritu de Jesucristo, y seremos invencibles. Pero no nos contentemos con tener armas con que defendernos, y estar siempre á la defensiva; *sirvámomos de la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*. Con esta divina palabra pondremos en fuga á todas las potestades del infierno. Practiquemos esta divina palabra, vivamos segun el espíritu y las máximas del Evangelio, y seremos formidables al demonio.

El evangelio está tomado del capítulo 18 de san Mateo. Acababa el Salvador de establecer y de explicar á sus apóstoles el importante precepto del perdón de las injurias, el cual es uno de los mas esenciales de la moral cristiana y de la religion. No contento con habérselo explicado, quiso hacerles todavía mas sensible esta verdad por medio de una parábola que hacia ver claramente que si no perdonamos á nuestros hermanos, no debemos esperar el perdón de parte de Dios.

El reino de los cielos, les dice, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes; esto es, segun el estilo de la Escritura, Dios obrará con nosotros como un rey que toma cuenta á sus domésticos. Figurémonos, pues, un príncipe que ordena que vengan á su presencia todos sus oficiales, para ver y examinar él mismo sus cuentas. Habiendo repasado lo que cada uno le debía, se pasmó de hallar uno que le era deudor de diez mil talentos, esto es, de una suma excesiva: Jesucristo quiere indicar con esto de cuántas faltas y pecados son deudores á la justicia divina aun aquellos que pasan por siervos de Dios, y lo son en efecto. Por mas que esta suma fuese excesiva, el príncipe quiso ser pagado sin que faltase

un óbolo ; y hallando á su servidor insolvente , mandó no solo que se le embargase desde luego todo lo que tenia , sino que se le vendiese á él mismo con su mujer y sus hijos hasta que quedase satisfecha la deuda. Viéndose aquel desgraciado perdido sin recurso , reducido á la última desesperacion , recurrió á la bondad y clemencia de su señor : echóse á sus piés , y bañado en lágrimas , le suplicó que le diese tiempo , prometiéndole que le pagaría toda la suma : *Dadme tiempo , decia , y yo os lo pagaré todo*. Enterneciöse aquel buen señor , y movido de compasion , sin obligarle á nada , le perdonó toda la deuda.

El primero que este servidor encontró , saliendo de palacio , fué uno de sus compañeros que le debía una suma muy pequeña : eran cien denarios , que no hacian mas que un talento ; era , en efecto , notable la diferencia de un talento á diez mil. Apenas le divisó , cuando , olvidando el modo con que acababa él de ser tratado , le asió , y teniéndole del cuello , le ahogaba , diciéndole : *Págame lo que me debes ; no , yo no te haré ninguna gracia*. Echóse este á sus piés , temblando y abrazándole las rodillas : *Dame tiempo , le decia , y te pagaré toda la suma*. Pero el acreedor implacable , duro é insensible á sus ruegos y á sus llantos , no quiso escucharle , y habiéndole heche prender por la justicia , hizo que se le pusiese en prision hasta que le hubiese pagado su deuda. Una accion tan bárbara , y un tratamiento tan inhumano por una suma de cien denarios , y por un hombre á quien acababa de perdonársele una deuda de diez mil talentos , hizo gran ruido. Todos los demás servidores , indignados por un modo de obrar tan violento , fueron á ver al señor , y le contaron el hecho.

T. V.

P. 402.



Apenas le divisó , cuando , olvidando el modo con que acababa él de ser tratado , le asió , y teniéndole del cuello , le ahogaba , diciéndole : Págame lo que me debes . . .

El príncipe montó en cólera, y habiendo hecho venir á su presencia á aquel perverso servidor : Desdichado, le dijo lleno de ira, acabo de perdonarte por pura bondad todo lo que me debias, no obstante que era una suma excesiva, y esto solo porque me lo suplicaste; ¿porqué no debias tú tambien por igual motivo haberte compadecido de tu compañero, como me compadecí yo de tí, y perdonádole lo que te debía? Vé, alma dura, tú eres indigno de toda gracia, y por tanto no se te hará. Despues dirigiéndose á los oficiales de justicia : Póngasele en prision, les dijo, y no se le suelte hasta que haya pagado toda la suma que me debe.

No hay necesidad, añadió el Salvador, de que yo os explique esta parábola : vosotros comprendeis bien que este príncipe, este señor, significa el Padre celestial, que en la hora de la muerte toma cuentas á cada uno de toda su vida : nadie hay que no sea deudor á la justicia divina, y que no tenga necesidad de misericordia ; no debeis, pues, esperar para vosotros mas que lo que vosotros hubiéreis hecho con los demás. No os engañeis, no hay misericordia para quien no hubiere hecho misericordia ; si vosotros no perdonais á vuestros hermanos de lo íntimo del corazon sinceramente todas las ofensas que habeis recibido de ellos, no debeis esperar el perdon.

Dios nos perdona, á fin de que nosotros perdonemos, dice san Agustin ; y si nosotros no perdonamos, hará revivir la deuda. Imitemos la conducta de nuestro Padre, si no queremos ser desheredados. Aparece claramente por el evangelio, añade el mismo padre, que los pecados perdonados reviven, es decir, la pena del pecado, como lo explica santo Tomás,

cuando no tenemos compasion y caridad con nuestros hermanos : son notables las palabras de este santo doctor : *Que renacen los pecados perdonados para el que no tiene caridad con sus hermanos nos lo enseña en el evangelio clarisimamente el Señor en aquel criado , al cual vuelve á pedir su señor la deuda perdonada. Si nosotros no perdonamos de buena gana la ofensa que se nos ha hecho , Dios nos pedirá cuenta de nuevo de los pecados que se nos habian perdonado , dice san Gregorio. A la verdad Dios no revoca los dones que ha concedido , y la culpa de un pecado perdonado no puede revivir ; pero la pena debida á estos pecados , que es propiamente la deuda debida á la justicia divina , aun cuando hubiese sido perdonada , dice santo Tomas , puede revivir por nuestra ingratitud y nuestra falta de caridad.*

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Señor , guardad á vuestros siervos por una continua asistencia de vuestra bondad , á fin de que libres por vuestra proteccion de todos los males , no busquen en todos sus buenas obras mas que la gloria de vuestro nombre. Por nuestro Señor Jesucristo , etc.

La epistola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Efesinos , cap. 6.

Hermandos míos : Fortificaos en el Señor , y por su virtud omnipotente revestios con las armas de Dios , á fin de que podáis estar sobre aviso contra las emboscadas del demonio ; porque no es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir , sino contra los principados y las potestades , contra los dominadores de este mundo , de este lugar de tinieblas , contra los espíritus malignos que están en el aire. Por tanto , tomad las armas de Dios , á fin de que

podáis resistir en el dia malo , y sosteneros hallándoos provistos de todo. Mantencos , pues , con buen ánimo , teniendo la virtud por cintura en vuestros lomos , y la justicia por coraza ; teniendo igualmente el calzado en los piés , para estar prontos para ir á predicar el Evangelio de la paz ; tomando en toda coyuntura el escudo de la fe , por medio del que podáis extinguir los dardos ardientes del espíritu maligno : tomad además el casco de la salud , y la espada del espíritu , que es la palabra de Dios.

NOTA.

Después de haber reformado san Pablo con su zelo y su dulzura ordinaria los defectos de los fieles de Efeso , les da reglas de conducta para ordenar sus costumbres. Da avisos saludables á los padres y á las madres , á los amos y á los criados , y concluye su carta encomendándose en sus oraciones.

REFLEXIONES.

No es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir , sino contra los principados y las potestades. Por la carne y la sangre entiende san Pablo aquí los hombres , los cuales no serian mas que enemigos compuestos de carne y de hueso como nosotros , y por consiguiente enemigos que nada podrian influir sobre nuestra alma y sobre nuestro corazon. Su fuerza , sus astucias y todos sus artificios se circunscriben á una esfera mas pequeña , y no es tan difícil el ponerse á cubierto de sus dardos. Los enemigos espirituales contra quienes tenemos que combatir toda la vida , son mucho mas temibles ; son enemigos que no se descubren sino por sus ataques , y cuyos dardos no se ven sino por las heridas que hacen. Tenemos , empero , que combatir , dice en

otra parte el mismo apóstol, contra la carne y la sangre, esto es, contra los deseos de la carne, contra los impetus de nuestra propia concupiscencia, contra nuestros malos deseos. Nosotros mismos somos, por decirlo así, nuestros mas formidables enemigos: nuestros sentidos nos seducen, nuestras pasiones nos hacen una guerra mortal, y debemos desconfiar continuamente de nuestro propio corazon, siempre de inteligencia con nuestros propios sentidos. Los principados, las potestades, los dominadores de las tinieblas, los espíritus malignos que están en el aire, todo esto significa poco mas ó menos una misma cosa, esto es, las potestades del infierno, el tentador que se halla en todas partes, que nos sigue hasta el lugar santo, hasta el mismo pié del altar, hasta en medio de la práctica de nuestras buenas obras. No hay asilo contra sus malignos intentos, no hay abrigo contra sus tiros. Por esto decia el Salvador á sus apóstoles: Orad y velad sin cesar; velad y orad á fin de que no os veais enredados en la tentacion, para que no seais sorprendidos del enemigo, ni vencidos en la sorpresa. Si las almas mas inocentes, si los discipulos mas fervorosos tienen siempre que temer, y deben orar y velar de continuo, ¿quién asegura á los cristianos flojos é imperfectos? Esas personas mundanas, que no respiran mas que la algazara, esas gentes de placer tan joviales, y todos los que pasan su vida en la ociosidad y en la molicie, ¿están á cubierto de todos los peligros para que se dispensen de velar, de orar y de temer? Nuestra vida, dice la Escritura, es una guerra y una tentacion continua; es preciso, pues, estar siempre alerta. ¡Cosa extraña! y en medio de tantos peligros nada desconfian la mayor

parte de los hombres. ¿Cómo pueden dormir así con un sueño tan profundo en medio de tan gran peligro, y agitados de una tempestad tan violenta? Soldados sin armas y cogidos de improviso ¿resistirán un asalto? No hay persona de virtud tan eminente, que no tenga que temer por su salvacion; no hay orden religioso, no hay estado tan santo, no hay lugar tan retirado, no hay soledad tan espantosa en donde podamos estar racionalmente sin las armas de Dios, ni permanecer seguros sin escudo, sin tahali, sin casco, sin coraza. No hay santo tan grande que en medio del ejercicio de la mas austera penitencia no haya temido el peligro: ¿quién inspira á esos religiosos flojos é imperfectos, á esas personas enteramente mundanas, una seguridad tan tranquila?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del que escribió san Mateo, cap. 18.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus servidores. Habiendo, pues, comenzado á examinar las cuentas, se le presentó un servidor que le debía diez mil talentos. No teniendo él con que pagar, ordenó el señor que se le vendiese con su mujer, sus hijos y toda su hacienda, y que la deuda quedase cubierta. Arrojándose entonces el servidor á sus piés, le suplicaba y le decia: Dame tiempo, y todo te lo pagaré. Entonces el señor de este servidor, compadeciéndose de él, le dejó ir y le perdonó toda la deuda. Mas cuando aquel servidor hubo salido, encontró uno de los que servian con él, el cual le debía cien denarios de plata; y teniéndole agarrado del cuello, le sufocaba, diciéndole: Págame lo que me debes. Echándose este á sus piés, le suplicaba, y le decia: Dame tiempo, y yo te lo pagaré todo; pero el otro no quiso, sino que fué y le hizo poner en prision hasta que le pagase. Viendo los demás servidores lo que pasaba, se afligieron en